



SAINETE POLÍTICO.

¡VIVA EL GOBIERNO!

¡Viva! ¡Viva!

No es este el aplauso comprado, ni el obligatorio de los estómagos repletos. Es el noble arranque del pecho agradecido que no puede ya poner vallas al entusiasmo.

Desunidos, desgarrándonos unos á otros, dominados por rencillas y rivalidades, los demócratas perderíamos enteramente la esperanza de ver mejores días, si el Gobierno, compadecido de nosotros, no supliese con su ayuda nuestra falta de tino y prevision.

¡Y todavía nos atrevemos á censurarle y á quejarnos porque nos impide combatirle con más sañal

¡Necios de nosotros!

¿Qué seríamos sin la ayuda que el Gobierno actual nos presta? ¿Hasta qué Kalendas debería aplazarse el triunfo de nuestros ideales?

Supongamos por un instante que este Gobierno hubiera logrado arraigar en la opinion y darle al país todo cuanto le habia ofrecido. ¿Qué hiciéramos entonces? Acabar de consumirnos en la fiebre de nuestras torpezas. Mientras que ahora, obrando como lo hace, nos da pretexto para mirarnos, disculpa nuestro pasado y prepara nuestro porvenir.

¿Puede hacer más por nosotros?

¡Ah! Si en el estado que estábamos los demócratas el año 1875 tenemos la desgracia de dar con un Gobierno que se inspirara en altos principios, que abriera ancho cauce á la riqueza pública, que lograra matar la inmoralidad en todas sus manifestaciones, y que hermanara la libertad con el orden y el orden con la justicia, ¿quieren decirnos los más optimistas cuál sería el actual estado de la democracia y de los demás partidos liberales de España?

Si en vez de preocuparse de la conservacion del poder y de ahogar la opinion, y de aumentar los subsidios, se hubiera cuidado de asegurar al país los medios de subsistencia, y de quitar trabas al tráfico y á la industria, ¿por qué resquejio nos hubiéramos colado en la opinion los demócratas, tan divididos y maltrechos como quedamos?

Bendigamos á este Gobierno que nos protege y auxilia, y á fuer de agradecidos, cejemos en nuestros ataques. No liciera más un padre por su hijo que él por nosotros.

Y en lugar de poner el grito en el cielo cuando un empleado se escape con fondos, ó de censurar la falsificación de carpetas de la deuda, ó de lamentar el aumento del bandolerismo, exclamemos con alegría:

«¡Bien, muy bien, perfectamente bien! Ese, ese es el camino que deben seguir los partidarios de un sistema para rehabilitar á los contrarios.»

Y cuando veamos á la prensa de oposicion muda, á los conservadores tirándose los trastos á la cabeza por cuestiones de etiqueta, á Cánovas suscitándose á sí propio di-

ficuldades para tener la gloria de vencerlas, á los constitucionales alejados sistemáticamente del Poder; y que se habla de adoptar medidas extremas, y de castigar con mano fuerte, y de esas otras cosas que se dicen las gentes al oido; en vez de irritarnos y alborotar y deducir consecuencias terribles para la nacion, exclamamos á grito pelado:

¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Viva el Gobierno que tanto nos favorece! ¡Viva, viva!

UN PROBLEMA.

No, D. Emilio, no es ese el camino.

Revólverse airado contra los que combaten sus debilidades públicas, podrá ser propio de un corazón esforzado, pero no de un espíritu firme y severo.

El hombre que se equivoca como usted en política, y adquiere las tremendas responsabilidades que sobre usted pesan, se condena voluntariamente al ostracismo como Emilio Olivier en Francia, ó solicita servir de soldado en el campo contrario: nunca se rehabilita por la violencia de sus ataques contra los que fueron sus amigos.

Hemos hablado de responsabilidades, y aprovechamos esta ocasion para decir que no sólo á usted alcanzan, pero si que le alcanzan más que á ninguno. Sin su arrebatadora elocuencia, sin el fuego de su palabra, sin sus dotes de tribuno, la idea federal, extraña entonces á la democracia, no hubiera hecho prosélitos. Si otros sembraron la semilla, usted fué el sol que la hizo fructificar; el verbo de esa idea. Si, usted la clavó en el cerebro de la multitud.

Lo que usted hizo ó contribuyó en primer término á que se realizara, escrito está con sangre en la historia de la democracia española. Por respeto á los desgraciados que cayeron en las calles de Cádiz, Jerez, Málaga, Sevilla, y en cien puntos más abrazados á la bandera que se les dió, debería usted privarse de lanzar excomuniones contra nadie. Sus padres, sus viudas y sus huérfanos exigen de usted una poca de prudencia.

Ante la ley moral, superior á las otras, todos los hombres son iguales, y las faltas del político caen tambien bajo su fallo.

Usted tan artista, tan poeta; usted cuyo corazón late acongojado al recordar las grandes injusticias de la historia, ¿no ha sentido usted nunca, al pasear en tarde serena por las afueras de una poblacion de esas que tan admirablemente describe—Valencia por ejemplo,—no ha sentido usted en su pecho alguna opresion extraña, alguna angustia indefinible, que le ha privado un instante de aspirar la brisa perfumada en sus flores, de contemplar su cielo azul, de percibir el vago rumor de las tranquilas olas del mar cercano? ¿No ha escuchado usted imperceptibles gritos

de dolor, apagados ecos de voces lastimeras? ¿Y no ha recordado usted á los entusiastas defensores de la idea federal muertos en las calles, y sentido algo que pudiera traducirse por remordimiento y pesar? ¿Cómo pudo usted envaneecerse en Alcira de hechos que produjeron catástrofes, terminadas en muertes y ruinas? ¡Ah! D. Emilio, es usted digno de compasion si el recuerdo de todo eso no le inspira más que maldiciones y anatemas. Los aplausos que le prodigaron en Alcira, deberian resonar en su corazon como el ruido que produce un cuerpo al caer en la fosa. Ruido triste y lúgubre.

A usted le ha perdido, Sr. Castelar, la monomanía de pasar por hombre de Estado, y la falsa idea de que para serlo hay que caer de bruces en la reaccion. Ni esto último es cierto, ni usted será aquello nunca. Su carácter impresionable le privará siempre de serenidad y tacto, y los arranques de su ardiente corazon le impedirán ser dueño de sí mismo en las circunstancias difíciles de la vida. Ya se irá usted convenciendo de que los hombres de Estado se vacian en otros moldes; y de que para alcanzar ese título tan seductor para usted, lo primero es la consecuencia.

Si, D. Emilio, eso es lo primero que debe conservarse para tener respetabilidad política é inspirar confianza. Usted no la inspira hoy. ¿A quién convenceria usted de que esta su evolucion será la última? ¿Quién, aun estando conforme con usted, caminaría seguro á su lado? Hoy, es cierto, defiende usted con calor las ideas conservadoras, ¿pero no defendió usted ayer, con más, si cabe, las ideas federales?

En esto de la consecuencia, sucede lo que con la virginidad. Una vez perdida, nadie sabe si la mujer acabará en Magdalena ó en Mesalina.

Por eso no extrañe usted que mañana los conservadores que vengan á la democracia, busquen otro jefe, en la eventualidad de futuros cambios por parte de usted, que tantos hizo.

Y no siendo usted jefe de los conservadores, ¿seguirá siendo conservador?

Este es el problema.

SIN TREGUA.

Pues señor, ya no cabe dudar de cuál es el enemigo más terrible que la situación tiene á su frente.

Se sabe ya que es la prensa.

Los gobernadores la suspenden y multan.

Los alcaldes de monterilla se atreven con ella llevándola á los tribunales y suspendiendo publicaciones *ab irato*.

El fiscal sale á denuncia diaria, á veces denuncia dos periódicos en un dia, y en ocasiones tres.

Y por si algo faltaba, el fiscal del Tribunal Supremo acude con su espada á la destruccion del comun enemigo y publica una circular, excitando el valor de todos sus subordinados en la lucha que contra la prensa se ha emprendido.

Todo, pues, respira entusiasmo bélico, y ministros, alcaldes, gobernadores, jueces, andan por ahí precipitados, calzando sus armas sin dar tregua al reposo ni descanso al cuerpo.

Si ven ustedes por la calle algun par de autoridades, deténganlas y pregunten: ¿A qué redaccion van ustedes? y les verán bajo el gaban la orden de secuestro y el aviso de denuncia, y quizás el cordel para llevarse atados, primero los ejemplares, y más tarde los redactores.

Con que todo ese entusiasmo se empleará ahora contra la filoxera, el año que viene no se encontraba una cepa dañada en todo el orbe conservador.

¡Seremos en efecto tan malos, tan perjudiciales, tan enemigos del orden y de la sociedad, como revela el encarnizamiento con que se nos persigue!

Nuestros hemos dado ahora en la manía de mirarnos al espejo, y no nos encontramos tan feos como Pancha-

Ampla (véase el *Almanaque de EL BUÑUELO*), ni tan procaces como los diarios conservadores (véase cualquier coleccion del año 69), ni tan insistentes como los desfalcos (véase una coleccion de *Correspondencias* de un año á esta parte).

Sin embargo, el Fiscal del Supremo ha creído necesario alzar su voz en medio de la lucha, y ha gritado ¡a ellos! alentando á los que nos persiguen.

¿Ha leído ese señor fiscal los diarios de estos tiempos? Si que los habrá leído para ver en qué forma anuncian la concesion de la gran cruz que le han colgado.

En ese caso habrá leído noticias de robos, cuyos autores no han sido habidos.

Noticias del itinerario que siguen las partidas de bandoleros.

Noticias de los fondos que huyen con sus guardianes.

Noticias de los presos que se escapan.

¿Y no se le ha ocurrido la publicacion de una circular excitando el celo contra esos crímenes?

¿Y se le ocurre excitar el celo de los que nos tapan la boca?

Verdaderamente que el señor Fiscal merece la cruz que le han dado.

Las cruces que ahora se conceden tienen de comun con las circulares que se publican, el acierto con que se dan.

Otra pregunta se ocurre al que observa el entusiasmo con que toda esa gente afila sus armas contra los periódicos.

¿Tan fuerte es la prensa, tal superioridad ejerce, que requiere para dominarla tantos aprestos y tantas excitaciones?

Y no hay sino leer á nuestros colegas.

Noticias diarias de periódicos denunciados por el fiscal.

Y de periódicos condenados por el tribunal.

Y de periódicos multados por gobernadores.

Y de periódicos suprimidos por alcaldes.

Si esas noticias se publicaran con orla negra como les corresponde, los periódicos parecerian cementerios.

Resulta, pues, que la cruzada se ha formado contra lo más perseguido, lo ménos fuerte, lo más sujeto, lo más agarrotado que en la sociedad contemporánea existe.

¡Oh, valientes! ¡la civilizacion escribirá odas y levantará estatuas á vuestro heroismo!

Lo gordo es que á pesar de ese ejército de gobernadores que no conocen la provincia, de polizontes que no saben coger ladrones, y de sujetos empingorotados que sólo saben colgarse cintajos del pecho, lo peor es, decimos que ha de llegar (quizás pronto) el dia en que el Gobierno se exponga al público metido en un ataúd amortajado de frole, y rodeado de blandones, y al pararse delante de la rejilla los curiosos transeuntes y preguntar al que despavila:

—Diga usted ¿de qué murió?

Contestará el guarda-cadáveres limpiándose las lágrimas con un número de *La Política*:

—De un ataque de la prensa.

Porque el viento es lo que tiene: lo mismo sirve para purificar el aire en las habitaciones que para helar la sangre en los cuerpos.

Los hospitales se abren para sanarlos, y sin embargo, en los hospitales se curan tambien las pulmonías.

DE CUALQUIER PARTE.

Correspondencia particular de EL BUÑUELO.

Simpáticos redactores del semanario EL BUÑUELO: Salud, y que os libre el cielo de amigos conservadores.

Aunque escribo poco y mal lo mismo que Fuentetufel, os dirijo este papel desde mi villa natal.

Sudando constantemente
en el llano y en la sierra,
dejé fecunda la tierra
con el sudor de mi frente.

Al golpe de mi azadón
hice brotar los doblones,
y labrando mis terrones
me labré una posición.

«Ya soy rico — dije al fin —
y gozar del fruto puedo
de mi trabajo, sin miedo
á pasar las de Cain.»

Juzgaba mi dicha cierta,
y brinqué con alborozo,
interrumpiendo este gozo
un ruda golpe á la puerta.

Y entró en mi casa un señor,
como si en la suya entrara.
Tenía el hombre una cara!...
¡Como de recaudador!

Ma puse de malos humos.
¡No es para darse al inieruo
que nos imponga el Gobierno
territorial y consumos?

¿Y el impuesto provincial?
¿Y el municipal? ¡Qué extrago!
Se me figura que pago
hasta impuesto... celestial.

Venga Dios en mi socorro,
ó no resisto, pues estos
desmesurados impuestos
se me llevan lo que ahorro.

Y pensando en lo que ántes
sude, me pregunto así:
«¿Trabaje yo para mí,
ó para los gobernantes?»

¡Y al encenderse la guerra!
Como en tales casos pasa,
nadie sale de casa
ni áun para labrar la tierra.

Sucedió entonces que un día,
¡tal es mi negra fortuna!
dieron en mis trigos una
carga de caballería.

¿Quién podía resistir?
Cucala despues entró
en el pueblo, y me dejó
poco ménos que á pedir.

Tras él llegó un regimiento
que hizo huir á los salvajes,
pero me sacó bagajes
y además alojamiento.

—¿No habrá ya más enemigos?—
pensaba la gente incierta,
y ¡ay! sí. ¡Ya estaban en puerta
Cánovas y sus amigos!

De entre todos los horrores,
estos sólo nos faltaban,
aunque al venir se llamaban
nuestros regeneradores.

Las gabelas aumentaron,
los ingresos descendieron,
á los demás nos partieron
y ellos se redondearon.

Si la paz muestra su faz,
¿á quién la paz alborozó,
ni quién, fuera de ellos, goza
beneficios de la paz?

Los que contentos se muestran,
vengan á un pueblo á vivir.
No vendrán, ¡qué han de venir!
y si vienen, les secuestran.

Aunque ya ven las mercedes
que gozo en mis soledades,
de tantas calamidades
me consuelo con ustedes.

¡Desdichados periodistas,
cuánto sufrís, aunque dueños!
Yo me digo: «Mal de muchos,
consuelo de... canovistas.»

Si bien todo anda lo mismo,
para decir la verdad,
mal está la propiedad,
mas no como el periodismo.

Sin tregua alguna ni pausa
su propiedad se atropella,
y al despojarse de ella
al periodista se encausa.

A mí me dejan la mía,
aunque el producto se lleven;

pero sobre ustedes llueven
los procesos cada día.

Dios del peligro nos saque,
y mientras dure este daño,
suscribanme por un año
y envíenme el Almanaque.

JUAN LABRADOR.

LO CIERTO POR LO DUDOSO.

La circular de Gobernación excitando el celo y patriotismo de los Gobernadores, «á fin de evitar en lo posible que tantos infelices españoles ilusionados con falaces y engañosas promesas, se vean sumidos en la miseria ó encuentren una prematura muerte en peligrosos climas y lejanas regiones,» ha hecho asomar á nuestros ojos lágrimas de reconocimiento y gratitud.

No hemos visto la circular, pero lo copiado de *La Correspondencia* en el párrafo anterior, que es todo lo entrecomado, basta y sobra para ensanchar nuestros atribulados corazones, y abrir nuevos horizontes á nuestra esperanza.

¡Ah! ¿Conque es cierto lo que decían los diarios ministeriales y falso cuanto afirmaban los de oposición? ¿Conque este Gobierno paternal y previsor, se preocupa del estado del país? ¿Qué desengaño para los opositores de oficio!

Bendita sea esa circular que tan en claro ha puesto los buenos propósitos del Gobierno.

Lo que más nos agrada de ella, lo que hará permanecer en sus tugurios á los *infelices*, es la llamada al sentimiento patriótico que se les hace.

¿Qué español, por muchos días que lleve sin comer, no desistirá de sus aficiones emigradoras, al saber que su patria, su amada patria, su amorosa y compasiva madre, le tiende los brazos y le dice por boca del Gobierno:

«¿Adónde vas, hijo de mi alma? ¿Por qué me abandonas? ¿Qué te falta aquí? Píde, y no siendo pan, ni habitación, ni vestido, ni libertad, todo lo encontrarás á mi lado. No seas ingrato; permanece en esta tierra que has regado con tu sudor, que has defendido con tu sangre, y que te acogera cariñosa en su regazo cuando exhales el último suspiro. Déjate de utopías culinarias y de sueños de sastrer: no me abandones, que yo haré cuando mueras extenuado, que tu esposa y tus hijos sigan el mismo camino.»

¿Qué español resistirá á este lenguaje persuasivo y conmovedor? ¿Quién será el guapo que se atreva á *exponerse á sufrir la miseria ó á encontrar una prematura muerte en lejanos climas, cuando sin moverse de aquí, y dejando que las cosas sigan en curso natural, tiene seguro y próximo todo eso?*

Españoles que os encontráis en peligro de emigración, oíd nuestra voz desinteresada que se une hoy á la paternal del Gobierno para deciros:

Nada de viajes. Si no tenéis que comer, paciencia; si estáis desnudos, más lo estuvieran nuestros primeros padres.

Resignaos, sufrid, que todo eso no vale nada comparado con la satisfacción de aspirar de hambre y frío este invierno en el hueco de alguna peña á la hora en que el sol, saliendo en su carroza de fuego por entre nubes de ópalo y grana, ilumine la cumbre de la montaña vecina, desatando las *arpañas lenguas de los alegres y pintados pajarillos*, que con canto dulce y melifluido lo saluden.

Nada, aventureros del hambre, quietos en España; que, como dice la circular, en lejanas tierras acaso encontrareis la miseria y una muerte prematura; y esto, como ya os hemos dicho, lo tenéis seguro aquí.

No seáis de esos que acostumbran á dejar siempre lo cierto por lo dudoso.

LA HONRA.

Lo que dijimos del honor en uno de nuestros números anteriores, puede aplicarse también á la honra, sentimiento más tranquilo y ménos quisquilloso, más plástico,



pidió á la democracia
 acentos de energía
 y supo en desgracia
 batir la tina.
 Pero al llegar al Poder
 que deslumbró los pequeños,
 se dejó desviar
 por liberticidas sueños;
 y ametralló con una aterradora
 á las desventuradas poblaciones
 que á impulso de una frase engañadora
 promovieron sangrientas colisiones.
 Hiriendo á los demócratas
 que para los apóstata
 Hoy ya busca en los
 ¿Quién sabe si mañana
 cómo se irá?

si esto puede decirse, y ménos expuesto á lastimarse por actos ajenos.

El honor, sujeto á los caprichos de la opinion, se diferencia de la honra en que ésta, esclava de los principios de la moral inmutable, nada tiene que temer del cambio de costumbres ni de las preocupaciones imperantes, siendo por lo tanto más personal, más propia del individuo.

Se puede muy bien ser hombre de honor sin tener honra, y al revés. El que rehusa un duelo en determinadas circunstancias sigue siendo honrado si lo era ántes, pero no se le considera desde entónces hombre de honor. Este ejemplo basta á nuestro propósito.

Tanto el honor como la honra, — y de esto queríamos hablar, — se hallan siempre en boca de los hombres que ménos conocen esos nobles sentimientos y que por su conducta han perdido hasta el derecho de pronunciar esas palabras, tomando en algunos el carácter de una verdadera monomanía.

Hace algun tiempo conocimos á un mequetrefe, abogado sin pleitos, correveidile de la política, una especie de buscarriños, casado con una mujer de regular fortuna, listo entre los necios y necio entre los listos, que tuvo la desgracia, sensible como todas, de encontrar á su esposa en términos que hicieron necesaria una separacion, portándose en esto con arreglo á las más estrictas exigencias de la honra, aunque no del honor, puesto que dejó de batirse con el caballero afortunado, pero sin que nada de esto le atrajese más disgustos que el natural del hecho.

Hasta aquí, ya lo vemos, la honra sobrevivió al honor, lo cual prueba que son cosas distintas, aunque iguales en esencia. Mas hete aquí que un día, demasiado generoso ó muy necesitado, solicitó el tal reunirse con la culpable, rica como ya hemos dicho, y la honra, incompatible con tanta abnegacion, huyó asustada de un hogar donde de tal modo se la entendía. Al poco tiempo repitióse la escena con diferente actor, y nuestro hombre volvió á las andadas, llegando pronto al mismo desenlace.

Ahora bien; este hombre, por su mansedumbre más que por su desgracia, debía estar y estaba realmente fuera de todos los terrenos donde de honor y honra se tratase. ¿Pues lo creerán nuestros lectores? El primero que se ofrecía como padrino en los duelos, el primero que se burlaba de los maridos desventurados, era él. Llegó á hacerse casi una especialidad en estos asuntos, y todo el que acudía á los tribunales en demanda de reparaciones por su honor ó su honra lastimados, confiaba en su idoneidad y celo; y jura de ver el calor con que tomaba las defensas de la honra y el honor ajenos, el que de tal manera había puesto los propios!

Este fué el primer hombre que nos hizo pensar, primero, en las diferencias del honor y la honra, y luego, en las ventajas higiénicas de la impudencia para vivir sin nada de eso.

¿Si hará bien la Iglesia prohibiendo la interpretación de las Escrituras, dadas las aberraciones del criterio individual?

Meditaremos sobre esto, y sobre si la honra, como el gusto, no está sujeta á ningún criterio.

NUESTRA JUSTIFICACION,

Ó SEA EL JUICIO QUE HA MERECIDO Á LA PRENSA DE TODOS LOS MATICES EL PERIÓDICO *EL IMPARCIAL* Y SU PROPIETARIO EL SR. GASET Y ARTINE, DESDE 1866 Á 1880.

(Continuacion) (1).

Esperar que la política española salga del molde de las polémicas periodísticas para respirar el ambiente de más diáfanas atmósferas, hay que convenirnos de que es cosa ménos que imposible.

La sinceridad en los debates, la franqueza en la expresion de las aspiraciones, la rectitud en los propósitos, excepción hecha del acierto, lo cual será siempre discutible, armas son de ningún valor, en vista de la

conducta que, con ligerísimos intervalos, siguen ciertos periódicos políticos.

Descuella entre todos *El Imparcial*, que baraja y confunde sin concierto las alabanzas con las diatribas, las formas cultas que la más humana educacion prescribe, con agresiones injustificadas, cargos ridículos y criticas destituidas de fundamento; bien que, al recordar sucesos pasados, se cae involuntariamente en la cuenta de que *El Imparcial*, intentando herirnos, ha hecho sin querer su propio retrato.

Para buscar encumbramientos que tengan por exclusivo origen diabólico tipo para sembrar discordias; desenfado para manchar con el tizon de la calumnia á lo que siempre ha merecido y merecerá eterno respeto de los espíritus rectos; para encontrar, repetimos, el triunfo práctico, real, efectivo de tan elevados antecedentes, es preciso buscar á los hombres de *El Imparcial*, ó, mejor dicho, á los usufructuarios de sus intencionadas y hábiles manobras.

¿Qué desean los hombres de *Los Debates*? ¿La posesion de elevados puestos oficiales? ¿Alcanzar el más alto grado en la Administración á que llegan los hombres públicos? ¡Bah!... ¿Cuánto tiempo hace que hubieran conseguido, sin más que tener el fácil valor de los fundadores de *El Imparcial*!

Con volver valerosamente la espalda en las horas de desgracia á los que por espacio de cinco años fueron incensados en las horas de fortuna; con adular los institutos populares cuando al viento de la revolucion empuja con impetuoso torbellino; con poner la inteligencia, el corazón y las plumas de noveles amigos al servicio de ideas y de procedimientos políticos contrarios á los que en el fondo de la conciencia se creen convenientes al interés público; con alabar, en una palabra, con descoco á los que más valen, guardando en el fondo del alma la necesaria reserva de flexibilidad para subir al poder apoyados en los que días ántes se denigraron, los impacientes se satisfacen fácilmente, y los débiles cogen, no sin asombro general, el lugar de los más altos.

Es verdad, pertenecemos á la raza del Ingeniero Hidalgo, aunque la historia no nos reserve páginas honoríficas; pero ¿qué remedio hay más que conformarse con la trágica del destino, si, como con razon afirma *El Imparcial*, esto es asunto de idiosincrasia? ¿Cuánto más convenientemente no sería para nosotros estar dotados, como el colago, de la naturaleza pútrida, ágil y aprovechada de Sancho Panza!

¡Ah! entónces, en vez de haber soñado durante el período revolucionario con una monarquía liberal y europea, asentada sobre la firmeza base de la lealtad de los que juraron sostenerla, en lugar de haber defendido con abnegacion la integridad de los elementos liberales sensatos del país en frente de una indigna coalicion de demagogos y carlistas, nos habríamos abierto fértil camino, imponiéndonos, por la propiedad de los resultados, á lo que debiera inspirar más respeto, y quizá habríamos llegado al poder, sin arredrarnos de que nuestro nombre figurara luego eternamente en el esclarecido catálogo de los Liberos romanos que registra la historia.

Creemos, á pesar de nuestra escolista impaciencia, que la política es el arte de abrir á los pueblos anchos horizontes de prosperidad y de grandeza, y no teatro de menudas ambiciones, escena de pasionillas vulgares y juego de azar favorable á los más intrépidos. Nos parece bello sacrificar orgulllos personales á la causa del interés de la nacion, y creemos indigno el papel que desempeñan los hombres que ocultan sus personales ambiciones bajo el fingido amor á una constitucion, á una época política, á un cuerpo de doctrina que desacreditaron, si no deshonraron, con el desordenado guerrear de sus envidias y rencores. Jamás hemos comprendido el uso de otras armas que la ingenuidad y la franqueza en estas contiendas de la vida pública, y creemos impropio, hasta del sexo á que pertenecemos, malgastar la inteligencia, para más altos fines el hombre concedida, en la femeníl tarea de sembrar cizaña, herir susceptibilidades y desconocer rectitudes, con el laudable propósito de destruir cuanto existe, sin cuidarse de reunir los elementos ni de estudiar la arquitectura del edificio que habría de levantarse mañana.

No balagan ni ofenden nuestra naturaleza quiétesca las lisonjas ni las censuras de los maeses Pedros, y mucho ménos de los monjes de retablo; pero sentimos las palpitaciones que arrancan de las entrañas de la patria, y nos sobra valor para desdeñar los preconcebidos ataques de los hipocóndricos de la política, de los enemigos, por estirpe, de toda cultura social.

(Artículo dirigido á *El Imparcial* y publicado en *Los Debates* el 19 de Diciembre de 1877).



En los estancos de Málaga no hay sellos para franquear periódicos. Con este motivo se quejan algunos de la Administración, pero sin motivo porque la Administración parece tonta y no lo es.

Cuando quiere uno franquear un periódico y no hay los sellos correspondientes, se ponen sellos de más precio.

¿Me ha entendido usted?

